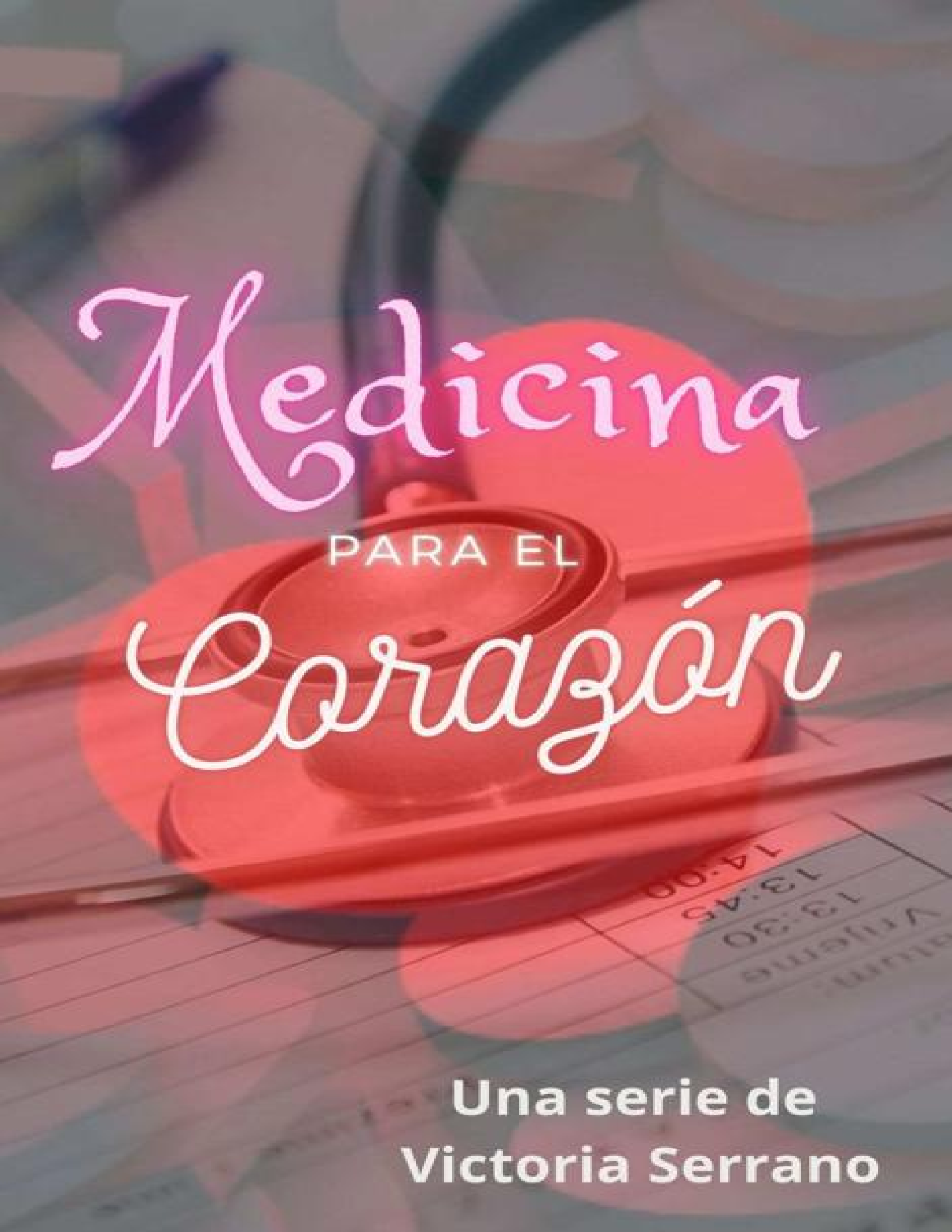




Medicina

PARA EL

Corazón

Una serie de
Victoria Serrano

Medicina para el corazón

Cada vez somos más

Victoria Serrano

Copyright © 2024 Victoria Serrano

Todos los derechos reservados

Los personajes y acontecimientos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y no intención del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, así como su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso expreso y por escrito del editor.

Prologo

Alejandro no hace más que ver como se amplia una familia que desconocía tener. Necesita un descanso y para eso busca refugio en Jorge.

Es momento de estar solos fuera de las paredes y las miradas del hospital. En el apartamento de su novio no son adjunto y residente; allí son solo ellos, Jorge y Alejandro y desde luego Alejandro no quiere hablar con su padre.

Además Maite, aunque es una recién llegada, comienza a desvelar su propia historia, una con un equipaje que puede traer problemas a más de uno en el hospital.

Y hablando de nuevos personajes, ¿Qué hay de ese nuevo hermanastro bombero?

Capítulo 03

Alejandro terminó un turno demasiado largo con el dolor de cabeza más fuerte que había sentido en mucho tiempo. Tras haber conocido a ese otro hermano... hermanastro o como fuera que podía llamar a Edu, sintió que tenía ganas de vomitar.

Dos días habían sido necesarios para que su vida se diera la vuelta y le dejara boca abajo, sin saber que hacer y con la sensación de que no era capaz de controlar su propia vida.

Por un lado estaba su carrera, que hasta hacía unos pocos meses era lo más importante. Ser médico, había sido su meta desde que era un niño. Pero también había sido la meta de su padre, que le había llevado de la mano por las asignaturas necesarias para estar preparado para entrar en la carrera.

Todo el mundo había tenido dos o tres opciones de estudios. Alejandro Cabeza no, Alejandro Cabeza tenía que ser médico desde el momento en que había comenzado a caminar. El hijo del doctor Cabeza tenía que seguir los pasos de su padre.

Por su padre su padre no quería saber nada de nepotismo así que, aunque le pagó parte de la carrera, Alejandro se vio obligado a pagarse todo lo que no pagó su padre, para sacar adelante la carrera que quería su padre.

Sí, así de sencillo y así de ridículo.

Nunca le dijo a su padre que había puesto copas, que trabajaba por la noche y todo lo que había pasado durante aquellos tres años. Ya le había dado bastantes disgustos a su padre como para hablarle de esas cosas.

Por otro lado estaba su vida personal... si es que podía llamarla vida personal.

Se pasaba más de doce horas en el hospital como cualquier interno que quería dar lo mejor de sí mismo en el hospital. Su vida era el trabajo, su vida personal, eran los amigos del hospital, los otros médicos que había a su alrededor y obviamente el novio que se había echado allí dentro.

¿Quién podía pensar que se podía encontrar una vida fuera? ¿Qué novio aceptaría ver a su pareja cada cinco días o a partir de las tres de la mañana por culpa de los interminables turnos? Nadie que no fuera médico.

Tal vez liarse la primera vez con su jefe no hubiera sido la mejor opción... o sí... Jorge era el tío más guapo del bar aquella noche y todas las noches, con esos pantalones ajustados, su camisa blanca suelta, el pelo negro recién lavado que dejaba libres sus rizos y sus penetrantes ojos negros.

Y eso que Alejandro sabía mucho de modelos que para eso era uno.

“¿Nunca te han dicho que podrías ser modelo?” Le había dicho, con una botella de cerveza en la mano y otra que le ofreció, con esa seguridad que te dan las ganas de llamar la atención del tío más guapo del bar para sentirse patético un segundo más tarde.

“No, supongo que los pacientes tienen otras preocupaciones, los adjuntos me ven como el novato al que criticar y los residentes me soléis tener miedo por los pasillos del hospital.”

“No estaba seguro si me ibas a reconocer si el uniforme médico azul cielo tan estilizado que llevamos todos los días.”

Jorge se echó a reír, le dio un largo trago a la cerveza y la dejó sobre la barra del bar sin apartar la mirada de Alejandro. Los dos entendieron el gesto; las palabras comenzaban a sobrar, pero querían seguir con ese jueguito un poco más.

“¿No reconocer al hijo del doctor Cabeza? Me han dicho que tengo que tratarte bien si no quiero ser despedido mañana.” Alejandro se quedó sin respiración, hasta que Jorge se echó a reír y volvió a beber un trago de su cerveza. “Tranquilo, en realidad tu padre nos ha dicho todo lo contrario.”

“Quiere machacarme ¿verdad?”

“No ha usado esa palabra, pero es lo que ha dado a entender.” Jorge le pasó la mano por el brazo y le dejó una rápida caricia. “Tranquilo, no soy de esos jefes. Me gusta enseñar y además, no soy fan de tu padre.”

Alejandro podría haberle besado allí mismo, pero se contuvo por el simple hecho de evitar las miradas indiscretas y solo porque sabía que Jorge no se iba a contener durante mucho más tiempo. Lo podía leer en sus ojos. Le estaba devorando.

Terminaron... o empezaron la noche en el baño del bar, depende del punto de vista.

Fue el final de la jornada de trabajo en un cabina del baño, en un sitio bastante diminuto para dos adultos. Pero supieron amoldarse sin problemas al cuerpo del otro. Por lo que los dos notaron, no era la primera vez de ninguno en una situación similar.

Jorge tomó el control de la situación enseguida, cerró la puerta y empujó a Alejandro contra la pared. No hizo falta quitarse mucha ropa para tocar sus cuerpos y los dos eran expertos en no hacer demasiado ruido.

No fue un modo muy romántico de comenzar una relación sentimental pero había sido un comienzo de algo, que tenía a los dos bastante confundidos ahora.

Alejandro tenía claro que estaba enamorado de Jorge, su superior, su jefe y obviamente tenía que ser un secreto hasta... no sabía cuando podría hacerlo público. Jorge le había pedido tiempo para contárselo a sus padres y porque tenían que decírselo a los de recursos humanos del hospital por cierta historia de protocolo que Alejandro no había terminado de entender.

Odiaba pensarlo, pero le sonaba a excusas; aunque no preguntó, pero empezaba a cansarse de

esperar y no quería terminar su residencia en el hospital antes de tener claro qué relación tenía con Jorge.

Tarde o temprano tendrían que hablar si lo suyo era algo más que un sexo maravilloso.

Se preguntó si Jorge realmente quería que lo suyo fuera algo real fuera de la cama, fuera de su dormitorio. No le gustaba hablar mucho del tema y cuando Alejandro intentaba tener una conversación real sobre su relación, Jorge solía salir con su sentido del humor.

“¿Qué importa si decimos o no que estamos juntos?” Le decía siempre para luego intentar besarle. “Estamos juntos, estamos bien y lo demás no importa.” Jorge le acariciaba la mejilla, volvía a besarle o comenzaba a hacerle cosquillas para cambiar de tema. “Además, en cuanto lo sepan en el hospital, empezarán hablar de nosotros y seguro que salen chismes. Así estamos mejor ¿no?”

Pero esta vez, tal vez porque estaba nervioso por todas las novedades, por la aparición de Maite y Edu o porque había tenido que ponerle el hombro en su sitio a su novio y actuar como si fuera un paciente más pero cuando quiso darse cuenta, en la puerta del apartamento de Jorge con la mano en el timbre, pero sin saber qué hacer.

Respiró con fuerza y finalmente hizo sonar el timbre y esperó.

Escuchó pasos al otro lado de la puerta acercándose y en seguida tuvo a Jorge delante de él, descalzó, despeinado y con un delantal cubriéndose el pecho desnudo. De alguna forma era capaz de cocinar con un solo brazo útil.

“¿Qué haces aquí?” Dijo frotándose el brazo lastimado.

“Hola a ti también, *amor*, sabía que no eres el romanticismo en persona, pero podrías esmerarte un poco más.” Alejandro se inclinó para darle un beso y sonrió. “No estamos en el hospital, creía que aquí podíamos ser... ya sabes, la palabra prohibida.”

“No hay palabras prohibidas, Alejandro.”

“¿Puedes decir entonces que soy tu novio, tu pareja, incluso tu amante cuando estamos solos sin que parezca que te estoy arrancando las palabras de la entrañas?. No me gusta demasiado esa palabra, pero me valdría cualquier otra cosa menos que soy tu subordinado o tu residente.”

“Mira que eres dramático.” Contestó Jorge, como siempre evitando dar una respuesta concreta a cuestiones relacionadas con temas amorosos. “Anda pasa, no te quedes aquí fuera.”

Jorge entró en casa sin pararse a comprobar si Alejandro le seguía pero sonrió al escuchar sus pasos y que la puerta se cerraba. Fue hasta la cocina, preparó dos vasos de té frío y unos sándwiches de queso.

“No lo vas a decir ¿verdad?”

Jorge luchó con el delantal pero logró quitárselo sin pedir ayuda, dejó la bandeja sobre la mesa y

se acomodó en el sofá junto a Alejandro, tenía esa sonrisa que encandilaba a Alejandro con solo mirarle unos segundos.

Le tendió un sandwich, claro que era su favorito y el té, de manzana, uno no tan fácil de encontrar en las tiendas, pero Jorge siempre lo tenía listo para él.

“Jorge, por favor. Necesito saber que algo en mi vida sigue siendo como era hace dos días.”

“Alejandro, nene.” Jorge intentó cogerle las manos, pero se las apartó. “Tu y yo estamos igual que esta mañana. Lo nuestro está bien, funciona, no tiene por qué cambiar.”

Alejandro apoyó la cabeza en la parte alta del sofá y suspiró. No entendía cómo alguien tan inteligente como Jorge no era capaz de comprender qué era lo que fallaba en su relación y que era aquello tan simple que él llevaba tiempo pidiéndole y no le daba.

“¿Es que no te das cuenta? Acabo de descubrir que soy fruto de un lío de mi padre. Mi madre y él no son la gran historia de amor de su vida. Ahora ni siquiera sé si mis padres se querían de verdad o sí... no sé, echaron un polvo y tuve la suerte de llegar al mundo. Ahora de repente siento que no conozco a mi padre. Además ahora está Edu ¿Sabes que existe Edu? ¿Sabés quién es Eduardo?... ¿Sabías que Maite tiene un hermano? ¿Lo convierte eso en mi hermano también? O a lo mejor si es su hermano y no es hijo de mi padre entonces no es nada mío. ¿Debería sentirlo entonces como mi hermano, aunque realmente no lo sea? Jorge, siempre he sido hijo único, estaba solo, me he sentido siempre solo.”

Cuando Jorge le puso las manos en las mejillas, le sujetó la cara con fuerza y le hizo mirarle a los ojos, Alejandro estaba temblando y a punto de llorar. El mundo se le había caído encima en cuestión de cinco minutos y él no había hecho nada. Estaba cansado, estaba asustado por ver como se le venía el techo abajo y porque no estaba seguro si tenía un novio o si en realidad no era más que un juguete para Jorge, mientras que aparecía una familia que no conocía.

Solo quería llorar, abrazarse a las rodillas y llorar.

“Oye, nene, Alejandro, respira, lo siento, no pretendía hacerte sentir así.” Le vio negar con la cabeza y luego apoyarla sobre su pecho. “Lo siento, he sido un cretino hoy; me he portado fatal contigo, con todo lo que has pasado.”

“Estos días; no se que te pasa pero llevas portándote más como... tú mismo, de lo normal.” Dijo Alejandro sin levantar la cabeza del pecho de su... lo que fuera Jorge en ese momento.

“Vale, me he portado mal contigo estos días, pero debo decir... aunque no sea una buena excusa, ni una excusa en realidad. Pero estoy nervioso.”

“¿Nervioso? ¿Por qué?”

“Eso no importa ahora. Lo importante eres tú. Necesito que te tranquilices. Es cierto, tienes una familia a la que no conocías y puede ser una mierda... o puede que no, si no los conoces, puede que sean estupendos. Pero, eso no va hacer que desaparezca o cambie algo.” Jorge tiró de Alejandro para acomodarlo entre sus piernas y le dio un beso en la cabeza. “Solo digo que estás

en un momento increíble de tu vida, tienes que concentrarte en lo que estás haciendo en el hospital.”

“No me lo vas a decir ¿verdad?.”

“¿El qué?”

“Lo que te hace sentir nervioso.”

Jorge respondió con un nuevo beso sobre su cabeza.

“Shhh, descansa.”

*

Alejandro dormía entre los brazos de Jorge, pasadas las siete de la mañana, cuando su teléfono vibró en la mesilla.

Jorge despertó al escucharlo, se volvió, le dio un beso en la frente al interno y se levantó para darse una ducha. Alejandro giró en la cama, terminó con las piernas enrolladas en la sábana, volvió a sonar su teléfono y alargó la mano. Lo cogió y gruñó al ver el mensaje.

Su padre era la última persona con la que quería hablar en ese momento.

Papá: ¿Estás ya en el trabajo? Espero no haberte despertado. Me gustaría hablar contigo.

Alejandro: Dormía, ya no. Me gustaría disfrutar de mi día libre en paz. Hablamos cuando...

Alejandro: Hablamos en otro momento.

Papá: Se que has conocido a Eduardo y te aseguro que no esperaba que conocieras a ninguno de los dos así. No era mi plan

Alejandro: Está bien, no te preocupes. Tengo cosas que hacer.

Papá: ¿A las siete de la mañana?

Alejandro: Te veo mañana en el hospital.

Alejandro dio la vuelta al teléfono para no volver a mirarlo y se quedó escuchando el agua de la ducha en el baño. Sonrió, las cosas con Jorge no habían cambiando nada, pero eso no cambiaba lo mucho que le quería y que estaba dispuesto a darlo todo porque hacer que su relación funcionara.

Además, seguía queriendo saber qué era lo que ponía nervioso a su novio y si había algo que podía hacer para ayudarlo. Por mucho que Jorge quisiera ser alguien independiente y hacer las cosas por sí mismo, Alejandro entendía la pareja a la vieja usanza y si a su novio le preocupaba algo, él quería estar a su lado para ayudarlo en lo que fuera posible y necesario.

Así que se levantó, no se puso nada de ropa, aunque la mañana era fría, no le importó, fue al baño y, abrió la puerta de la ducha y se metió dentro. Cuando Jorge abrió los ojos después de quitarse el jabón, lo miró de arriba abajo y sonrió; se mordió el labio y le rodeó la cintura, tiró de él y le besó

“¿Oye, que haces colándote en mi baño y provocándome así como así?” Le preguntó y le echó el pelo hacia atrás.

Pero Alejandro no le dio tiempo de hacer o decir nada más, le empujó contra la pared, asegurándose de que el agua no mojara la venda en su hombro y se apoderó de sus labios. Los dos saborearon las gotas de agua de la ducha.

“Precisamente eso, provocarte para que no vuelvas a dejarme solo en la cama. Hace frío para despertarme solo.” Susurró Alejandro y fue acariciando el pecho de su novio.

Jorge gimió por los intensos cuidados del residente.

“Pensaba que estabas cabreado conmigo.” Logró decir Jorge cuando Alejandro se apoderó de él un momento del brazo que podía mover para que no fuera capaz de hacer nada, pero luego volvió a besarle.

“Me gustaría que fueras más sincero y me contaras lo que te preocupe, pero se que no estoy saliendo con el tío más abierto del mundo, sino con un testarudo que prefiere darse contra un muro antes que reconocer que necesita ayuda.”

Jorge, era dominante y odiaba que la gente leyera en el fondo de su alma. Por suerte, Alejandro era una de las pocas personas que podía hacerlo con tanta exactitud. Aun así, le gustaba tener esa parte de sí mismo en su interior, personal y sus secretos encerrados en lo profundo de su ser.

Por eso, se dejó llegar, agarró el cabello de Alejandro y tiró de él, le hizo echar la cabeza hacia atrás, con un gesto brusco y le devoró los labios.

“No vayas tan profundo dentro de mí.” Gimió Jorge en los labios de Alejandro. “La lava te puede quemar.”

“Entonces dime hasta dónde puede llegar, enséñame en el camino.”

Jorge sonrió, movió su mano y la deslizó por el cuello de Alejandro, tiró de él y volvió a besarle, le hizo darse la vuelta para ver su espalda y lo inundó de besos para luego comenzar a enjabonar su espalda.

*

Cuando despertó aquella mañana, Maite estaba de buen humor. Era un nuevo día, en un nuevo apartamento, una nueva ciudad y un nuevo trabajo. Todo era nuevo y era el momento de comenzar a tener también una nueva vida. Se la merecía, como le había dicho Eduardo durante la cena del día anterior.

Poca gente creía en ella como su hermano y si él le había dicho que era su momento de ser feliz, entonces lo era.

Se dio una ducha, se puso ropa limpia y se preparó para marchar a casa. Había sido un turno largo en el hospital, había conseguido dormir dos horas después de trabajar toda la noche en urgencias.

Cogió el móvil de taquilla y lo encendió, había cinco llamadas perdidas de un teléfono desconocido. También había recibido otros tantos mensajes del mismo número.

“¿Dónde estás?”

“No puedes marcharte sin decir nada.”

“Me estás cabreando. Aparece o la vamos a tener y no quieres eso.”

“Zorra! Maite! Me cagüen todo. Te piras, no me llamas y tengo que ir detrás de ti.”

“Voy a ir a por ti. Te voy a encontrar y lo sabes. Será mejor que aparezcas tú sola o acabará mal para ti.”

“¿Estás lista hermanita?”

La voz de Eduardo a su espalda le hizo dar un respingo y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no gritar. Se dio la vuelta y sonrió, aunque eso no ocultó la palidez de sus mejillas y el miedo en sus ojos.

“¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?”

Guardó... escondió el teléfono en el bolsillo de su pantalón y sonrió de nuevo. Cogió el bolso de la taquilla y la cerró. Miró por encima del hombro de su hermano fuera de la puerta abierta de los vestuarios, con el terror de ver una figura que creía haber perdido de vista para siempre..

No esperaba encontrarse con nadie, no esperaba que nadie le hubiera seguido hasta allí por mucho que sabía que su ex era capaz de cualquier cosa en cualquier momento. Sin embargo no vio más que gente del hospital moviéndose.

“Maite, me estás asustando. ¿Estás bien?” Dijo Eduardo acercándose un poco a ella y apoyó una mano sobre su hombro.

Temblaba, eso no podía evitarlo, ni esconderlo. Para colmo, Eduardo había estado a su lado en varios de los peores momentos momentos que Fabian, su ex, le había hecho pasar, como para saber que esto tenía que ver con él.

“No... sí... tranquilo. Estoy cansada y esperaba saber de un paciente, pero por lo visto tendré que esperar a mañana para tener alguna información.”

Sonrió una vez más, intentó disimular y Eduardo se dio cuenta porque era el mayor experto en poner excusas y contar historias. Sabía que su hermana estaba escondiendo algo, pero no quería

forzarle a contar lo que no quisiera o no estuviera preparada a decirle.

“Oye, ¿por qué no te vienes conmigo y nos tomamos unas cervezas. Van a venir todos, Pedro y los demás ahora cuando terminan de recoger las cosas en el cuartel.”

“No puedo... bueno en realidad es que estoy agotada. Estos primeros turnos en el hospital son agotadores y muy largos. Necesito irme a casa y si tengo suerte llegaré a la cama.”

“Venga, hermanita.” Eduardo le dio un empujoncito en el hombro. “Ahora estamos por fin en la misma ciudad y casi trabajamos juntos. ¿Cuánto hacía que no pasaba eso? Además, mira, ahora soy un chico responsable, hermanita.”

Maite se echó el bolso al hombro y luego rompió a reír.

“¿Desde cuándo soy tu hermanita? Te recuerdo que eres casi diez años más joven que yo y he sido tu niñera más veces de las que puedo recordar. Ahora si no te importa, me voy a marchar a casa y voy a dormir todo lo posible para estar preparada para trabajar otro par de turnos mañana.”

“Vale, vale, como quieras. Prefieres quedarte como una persona aburrida. Adelante, no te voy a frenar. Pero entonces no te podré consultar mis dudas amorosas.”

Eduardo le dio un beso en la mejilla a su hermana y se dio la vuelta para salir del vestuario, pero antes de que pudiera hacerlo, ella lo agarró del brazo.

“Eres malo ¿Lo sabías? Estoy agotada y me voy a marchar a casa, pero tu te vas a venir conmigo y me vas a contar que eso es de tus dudas amorosas. ¿Cómo se llama? ¿Es guapa?”

Maite no quería estar sola, había mirado de refilón el teléfono, no había mensajes y no tenía intención de contestar a ninguno. Fabián era ahora parte de su pasado y ahí tenía que quedarse.

“Hagamos un trato,” Le respondió Eduardo. “Cenamos en tu casa y nos ponemos al día. Pero si yo te cuento de mis dudas, tú me cuentas quien te tiene alterada.”

Tras dudar un momento, Maite aceptó, no podría guardar el secreto durante mucho a su hermano y además, necesitaba hablarlo con alguien.

Guardó de nuevo el teléfono en el bolso y se marchó. Habían sido unos días muy intensos y lo único que quería hacer fuera del hospital era tener la oportunidad de tener cinco minutos tranquilos con Alejandro para conocerse y poder saber más de su hermano menor.

Pero eso sería cosa para otro día. No había mentido cuando había dicho que estaba hecha polvo.

*

Habían vuelto a meterse a la cama después de desayunar, aunque primero habían hecho un recorrido por el apartamento entre sexo, comida y alguna que otra conversación más bien escueta que Alejandro había intentado mantener con su novio.

De la ducha habían pasado por la cocina, Jorge había preparado el desayuno; ninguno de los dos estaba acostumbrados a tomarse más que un café y alguna tostada, pero ese día Jorge quería impresionar al residente, con unos huevos fritos.

“Suelo cocinar cuando voy a casa de mis padres.” Le dijo a Alejandro, mientras preparaba la mesa de la cocina para los dos. “A mi madre no le hace demasiada gracia y dice que debería descansar, pero lo cierto es que tiene envidia de mi.”

Alejandro se apoyó en la encimera, metió los dedos en la cintura del pantalón de su jefe y tiró de él. Metió en su boca un pedazo de pan recién tostado y le hizo una carantoña en la nariz.

“¿Eso lo sabes o es lo que cree alguien que se cree bueno en todo?”

“Me lo ha dicho mi padre.”

Después del desayuno, Jorge arrastró a Alejandro al salón, cansado de contestar preguntas sobre sus padres. Alejandro se dio cuenta que su punto débil era eso de: “¿Cuando voy a conocer a tus padres?”

Entonces Jorge sacaba sus armas secretas de besos y caricias, esas caricias que hacía cortocircuitar el cerebro de Alejandro y cuando el residente quería darse cuenta estaba desnudo de nuevo bajo el cuerpo de Jorge o encima o contra la pared, gimiendo por el placer y sin saber por qué no le había contestado a la pregunta.

Quiso hablar de su relación y de sí mismo, de la idea de vivir juntos algún día. Pero cada pregunta iba seguida de pasión y algo más pasión.

Del salón pasaron al dormitorio y allí el sexo se convirtió en una aventura, una locura podría decir Alejandro y tuvo que plantearse si su novio había aprendido con profesionales a hacer ciertas cosas con la boca y las manos.

Desde luego no iba a quejarse.

Al final los dos acabaron rendidos.

Jorge despertó con los brazos y las piernas de Alejandro rodeando su cuerpo. Sonrió y le dio un beso en la cabeza. Cerró los ojos y respiró, le gustaba sentir el olor del cabello del interno y lo acarició.

Alejandro se removió y abrió los ojos. Se quedaron mirando durante un momento, pero pronto su expresión se volvió triste, pero luego Alejandro se incorporó.

“Voy a darme una ducha.”

Se levantó pero Jorge, arrodillado en la cama, le agarró de la muñeca y tiró de él. Alejandro se volvió a sentar.

“¿Qué pasa? Se va a hacer tarde y tengo que volver a casa para estudiar un poco, los exámenes se

acercan.”

“No se va a hacer tarde para nada. Los dos estamos en nuestro día libre y he preparado todo lo que podemos hacer hoy. Quedan muchas horas por delante.”

“Pero tengo... mañana tenemos turno en el hospital muy temprano y no querrás que lleguemos juntos. Tendré que dormir en casa esta noche.”

“He cambiado tus turnos para mañana, los míos también Jorge le dio un beso en la mejilla y luego hizo lo mismo en su cuello y su hombro desnudo. “He hablado con tu padre, los dos sabemos que han sido muchas noticias nuevas para ti estos días y necesitas descansar y, no sé, podríamos ir a ver Maite y así tu hablas con ella.”

Alejandro se dio la vuelta, se separó un poco de Jorge y lo miró fijamente.

“¿Has hablado con mi padre de lo que yo debía hacer y has hecho que me de un día libre? No eres capaz de decir que eres mi novio porque no te gusta la idea de que nos vean juntos fuera de estas cuatro malditas paredes... no se porque te parezco poco o porque no soy apropiado dejarte ver, pero decides comportarte como alguien que se preocupa por mi y que me... ¿Tu me quieres de algún modo? ¿O solo soy una diversión en la cama?”

“Alex no digas eso, me importas mucho.”

“Solo tienes que decirme una cosa. ¿Soy tu novio o no? A mi me importa mucha gente, pero querer es un verbo muy grande que solo usaría, si es algo recíproco... contigo. ¿Qué somos Jorge?”

Jorge intentó besarle como respuesta, pero Alejandro le detuvo, le miró a los ojos y se le sentó encima de las piernas. Le tomó las mejillas y le dio un beso rápido.

“No habrá más besos hasta que me contestes.”

“¿Y sexo en la ducha?” Dijo Jorge con esa maldita sonrisa que podría hacerle cambiar de idea en cuestión de segundos si no estuviera tan cabreado y con ganas de estrangularlo por no ser directo

Alejandro negó con la cabeza y amplió su sonrisa.

“Nada de intimidad hasta que me aclares lo que somos. No me gusta tener sexo con cualquier tío. Te lo dije cuando nos conocimos; eso lo he hecho, he tenido sexo esporádico y sin sentimiento. No es lo que busco ahora. Quiero algo estable, quiero una relación y quiero un novio. ¿Tengo eso contigo?”

Jorge apretó las manos contra la sábana y se mordió el labio. El residente conocía ese gesto y lo odiaba. Cuando el adjunto dudaba, podía pasarse días rumiando, dándole vueltas a las cosas, para al final no tomar ninguna decisión por culpa de las dudas.

“Lo que puedo decirte ahora mismo es que me importas mucho más de lo que puedes imaginarte y hay algo... hay cosas que necesito tiempo para decirte.”

Sentado encima de él, Alejandro notó que Jorge temblaba, lo apretaba con fuerza. Tuvo la sensación de que su cuerpo quería ser sincero y contarle cosas, pero su cerebro se resistía a toda costa. Todo su ser temblaba y cuando quiso darse cuenta tenía la cara enterrada contra su hombro y lo escuchó gemir.

“Hey, hey, oye Jorge, nene. ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? Lo siento, no quería... no sabía que te estaba presionando tanto”

“No es lo que has dicho tú, es lo que no te he dicho yo. Dame unos días, necesito... es una tontería, creo pero...”

Jorge tembló con más violencia y por mucho que Alejandro quería respuestas, quería una seguridad y deseaba tener a Jorge a su lado como la persona especial a la que amar, no podía soportar verle sufrir por el motivo que fuera.

“Lo que quieras... vale, lo que quieras. No sé lo que pasa, pero no importa, iremos a tu ritmo.”

“No pasa nada, te lo prometo.” Sollozó Jorge y abrazó con fuerza la cintura de Alejandro, con su rostro apretado contra el pecho de su residente. “Solo unos días, por favor, no quiero perderte por una tontería.” Siguió sollozando y temblando entre los brazos de su compañero. “¿Puedes esperar?”

Alejandro no estaba seguro si era suficiente, ni qué era lo que estaba pasando, pero entre las muchas o pocas cosas que conocía sobre Jorge, que fuera un mentiroso no era una de ellas.

“Lo que necesites.”

“Ahora mismo solo te necesito a tí.”

“Entonces me tienes.”